

# La Cueva de la Barquilla

DRAMA EN DOS ACTOS

POR

DANIEL JIMENEZ DE CISNEROS



ALICANTE:

IMP. SUCESOR DE VIUDA DE REUS

Sagasta, 24

1927

# La Cueva de la Barquilla

DRAMA EN DOS ACTOS

POR

DANIEL JIMENEZ DE CISNEROS



ALICANTE:

IMP. SUCESOR DE VIUDA DE REUS

Sagasta, 24

—  
1927

---

Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósi-  
to que marca la Ley.  
Prohibida la reproduc-  
ción.

---

A la Santísima y Vera Cruz  
y a mi querida ciudad de Caravaca

D. J. DE C.

*Este modestísimo trabajo fué escrito en horas de nostalgia, a orillas del Cantábrico, durante el invierno de 1901 a 1902.*

*Escrito para entretenimiento de mis paisanos, aspiró sólo a ser representado por aficionados al Teatro. Cerca de 25 años ha permanecido en el olvido, y si al presente sale, debido es, solamente, a instancias de mis amigos.*

*El autor, que no es poeta ni sueña serlo, ha atendido más al argumento que a la forma literaria. El actor, que es el alma de esta clase de obras, podrá suplir con su arte y buen juicio, las muchas faltas que, indudablemente, encontrará en estas líneas, a las que no me he atrevido a llamar versos.*

*Alicante, octubre 1926.*

## PERSONAJES

---

SANCHO YAÑEZ DE MONFORT —Ultimo Maestro o Preceptor del Temple.

MENDO ALVAR. Caballero profeso de la Orden.

ABDELMUNEN. Viejo árabe

ZAIDA O BERTA.—Hija del anterior, joven de 18 a 20 años.

JUANA.—Aldeana, de 40 a 50 años

MARÍN DE ESPINOSA, BUSTAMANTE, MELGARES y SANDOVAL, Caballeros de Caravaca

GUILLÉN, AGUILERA, RUEDA y VÉLEZ. Id. de Moratalla.

ANTONIO —Joven pastor de la Barquilla.

RENZO.—Guardabosque al servicio del Temple

Dos pastores, un criado del Temple y un Correo de Fernando IV

La escena en Caravaca, a principios del siglo XIV, desde la mañana de un día a la tarde del siguiente

DECORACIONES. Acto 1º: escenas 1, 2 y 3 - Un bosque. Desde la 4 hasta terminar, Cueva de la Barquilla: Puerta de la Cueva a la izquierda del espectador. —Techo con estalactitas. Al fondo, entre grupos de ellas, dos galerías y otra pequeña a la derecha en primer término. A la derecha y en el escenario, un arcón antiguo; delante, una alfombra, un pequeño diván y dos taburetes con almohadones, todo ello usado. Un alfanje colgado del muro. Acto 2º: escenas 1, 2, 3, 4 y 5, Las Fuentes. De la 6 a la 15 inclusives. la Cueva De la 16 al final, Las Fuentes.

# La Cueva de la Barquilla

POR

DANIEL JIMENEZ DE CISNEROS

---

## ACTO 1.º

---

### ESCENA I

Decoración de bosque. Sentadas en una roca Juana y Berta.

JUANA.—¡Cómo me gusta recordar los tiempos  
En que era joven y mi afán cifraba  
En correr y subir por esos riscos  
De cuidado y de pena exenta el alma.  
Hace más de quince años y recuerdo  
De tu llegada aquí una mañana  
En brazos de tu padre, fugitivo  
Del último combate de Granada  
Vencido por la envidia del Gualí  
En la mayor pobreza caminaba!

ZAIDA — Si la suerte no hubiera sido adversa  
Pudiera con el tiempo ser sultana  
Envidiada, viviendo en la opulencia  
Y por todas las gentes respetada;  
Mas prefiero vivir entre vosotros

Y me siento feliz siendo cristiana.

JUANA. Y dime, Berta, ¿tu padre alguna vez  
No ha llegado a notar esta mudanza?

ZAIDA — Tiene confianza en mí y nada sabe. .

JUANA No temes que algún día sospechara?

ZAIDA No temo nada, que si al fin lo sabe  
Queda en mi pecho siempre la esperanza  
Que el inmenso cariño que me tiene  
Me permita seguir mi nueva marcha.  
¡Quién sabe si algún día con dulzura  
Le hago olvidar su creencia musulmana!  
Y si su intransigencia en religión  
Le lleva hasta el extremo, por desgracia,  
De que olvidando el grito de la sangre  
Con la muerte más cruel amenazara,  
Gustosa perderé riqueza y vida  
Antes que renunciar a ser cristiana

Breve pausa. Renzo, oculto entre el ramaje escucha, sin que ellas lo adviertan.

JUANA. — No creo que de tu padre los enojos  
Le empujaron así, ni en pensamiento  
Que además de vivir en país cristiano  
Somos muchos aquí que te queremos.  
Aquí se acerca Antonio, y tus amores  
Que son para tu padre otro secreto. .  
Me parece difícil el que obtengas  
El permiso anhelado largo tiempo,  
No sé que es más difícil a tu padre  
Si el que se haga cristiano o le hagas suegro.

ZAIDA. — ¿Cómo tú me pudiste hacer cristiana?

JUANA — Tú eres joven y tu padre, viejo.  
Y el frío de la nieve de las canas  
Hielan del corazón los sentimientos  
Antonio es pobre y tu padre rico,  
A creer lo que dicen los del pueblo,  
Y diferencia tal, es un abismo  
Que no suelen salvar ni amor ni tiempo.

ZAIDA. —¿De modo que tú juzgas imposible  
Mi enlace con Antonio?

JUANA — Sólo creo  
Muy difícil por ahora de lograrse  
El que vengan las cosas aún arreglo  
Tal vez ocultamente. , aprovechando  
La bendición que en misa echan al pueblo ..  
Y pidiendo el amparo del Maestre  
De la Baylia del Temple. .

ZAIDA — No lo acepto  
Prefiero con amor y con dulzura  
Convencer a mi padre.

JUANA. — Vano empeño!  
Tu padre tal vez que se resigne  
A que seas cristiana... en tus adentros;  
Pero, en público nunca y ser la esposa  
De Antonio!.. de un cristiano!. . ni por sueños!

ZAIDA — Tal vez veas las cosas, buena amiga  
Por el lado peor, por el más negro;  
Pero, no desconfío, que la esperanza  
Se anida siempre en el cristiano pecho.

JUANA. Vale más confiar que desesperes  
Quizás la solución no esté muy lejos!



## ESCENA II

Las mismas y Antonio, que entrega a Zaida un ramo de flores.

ANT. — Buenos días tengáis amigas mías

JUANA. Te guarde Dios, Antonio.

ZAIDA En tu compañía  
El sea para siempre

ANT. Entristecidas

Parece que os encuentro esta mañana.

JUANA — Son visiones, Antonio; es que tú eres  
Tan alegre y jovial! Por eso extrañas  
Que estemos un momento pensativas...

ANT. — Y se puede saber en qué pensaban?

JUANA. — Yo, en mi juventud Esta... en Antonio.  
Señalando a Zaida

ZAIDA. — Qué cosas se le ocurren a esta Juana!

ANT — A Juana.

Pero no será mucho, se me antoja,  
Cuando no me permite que en su casa  
Penetre cualquier día, decidido  
A decir a su padre dos palabras  
Y que pronto terminen estas cosas  
Que me tienen así... revuelta el alma

ZAIDA. De qué tormentos hablas, buen Antonio?

ANT. — De qué quieres que sea!... Aquí está Juana  
Que sabe como yo, que el guardabosque  
Se ha convertido en guarda de tu casa.  
Sitio mejor guardado! .. Todo el día  
De junto a la caverna, a la montaña  
Y del monte a la puerta de la Cueva.  
Ya puedes decir que estás guardada!  
Cada vez que me ve, me echa unos ojos!...

Y le oigo mascullar unas palabras!  
Maldito si le temo, más quisiera  
De veras, que estas cosas acabaran.

JUANA Con risa.

Acaso el buen Antonio tenga celos...

ZAIDA — No creo que Antonio los padezca Juana  
Que los celos son propios de almas ruines  
Y sé que Antonio tiene grande el alma.  
Sospechas infundadas son ofensas  
Que con frecuencia empujan a las faltas  
Y es más vergüenza sospechar sin tino  
Que sentir del engaño la punzada.

Dirigiéndose a Antonio.

He visto como tú, al balletero  
Pasear por la tarde y la mañana,  
Si él tiene en mi sus pensamientos  
Tal vez que así sea; pero, calla.  
Que el cariño que no es correspondido  
Más que la burla, se merece lástima

ANT — No he querido ofenderte hablando de esto  
Ni deben molestarte mis palabras  
Solo quiero que cesen estas cosas.

ZAIDA. — Con resolución.

Pues cuando quieras, a mi padre habla  
Verás como se niega. . y de este modo  
No queda nuestra causa bien parada.

ANT. — Yo le convenceré con mis razones.

JUANA. — No, Antonio, que no consigues nada.

ANT. — Ya veremos... Adios, hasta la tarde

Vase por la izquierda.

JUANA.—Dios te guarde.—Vase por la derecha.

ZAIDA. Adios, querida Juana.—Marcha por el fondo.

### ESCENA III

Renzo sale al encuentro de Zaida.

ZAIDA. Sorprendida. Jesús!

RENZO. —Caminas ligera  
Dónde vas tan diligente?  
¿Es tiempo que frente a frente  
Te hable un momento siquiera?

ZAIDA. Inquieta.  
Diga al punto lo que quiera  
Que tengo el tiempo tasado.

RENZO —Con pesar.  
Para Antonio no has contado  
El tiempo de esa manera!  
Berta, quisiera contarte  
Las cosas como las siento. .  
Pero me falta el aliento  
En el momento de hablarte  
No sé si te habrás fijado  
Que desde hace mucho, intento  
Por verte sola un momento  
Berta hacerme el encontrado  
Ha dos años do estoy viendo  
Mi pasión estoy callando  
El cariño se va ahondando  
Y el sosiego voy perdiendo.  
Sé, que pretende el pastor,  
Que te burlas de él, entiendo

Y creo que tiempo va siendo  
Que le saques de su error  
Si de mi amor te convenzo  
Y hacer mi dicha quisieras. .

ZAIDA — Esas palabras que esperas  
No oirás de mis labios, Renzo.

Agradezco tu atención  
Más es forzoso decir  
Que no puedo, sin mentir  
Disponer del corazón.

RENZO — Con enojo

Escondido en la floresta  
He escuchado a ese pastor  
Y reprimiendo el furor  
No hice uso de mi ballesta.

Más te juro por mi nombre  
Que si ese pastor villano  
Te vuelve a hablar mano a mano  
Berta .. yo mato a ese hombre.

Berta, aunque inquieta, hace señales de incredulidad

Despreciando mis querellas  
Te burlas de mis amores!...  
He de arrancarte esas flores  
No te has de gozar con ellas.

Le quita violentamente el ramo y lo tira lejos

Las cojidas por mi mano  
Son las que quiero que ostentes  
Y no esos viles presentes  
Recuerdo de ese villano

ZAIDA.—Por ser de Antonio esas quiero

Y las quiero. . por ser tuyas  
Guarda para ti las tuyas  
Que las de Antonio prefiero.

**RENZO** Con furor creciente.

Te prometo que mañana  
Si renuncias a mi amor  
Yo mataré a ese pastor  
Y diré que eres cristiana.  
Y lograré cuando diga  
Que Zaida está bautizada  
Seas en la cueva encerrada  
Y tu padre te maldiga  
Haciéndote la cristiana  
Escuchas a ese pastor  
Y le das citas de amor  
Como una mujer liviana.

**ZAIDA.** — Renzo en tus insultos cesa  
Que hablas a mujer cristianas.  
Si soy como Berta aldeana  
Soy como Zaida, princesa  
Es villano proceder  
Al que no puedo dar nombre  
Como así se atreve un hombre  
Con una débil mujer  
Y que no es medio apropiado  
Para conseguir amores  
Esos recursos traidores  
Propios solo de un malvado  
De tu amor no me convenzo  
Que el amor es respetuoso

Y en tí solo hallo al vicioso  
No al enamorado, Renzo.

Porque el amor engrandece  
Aún al más vil corazón  
Y en tí, Renzo, esta pasión  
Más que todo, te envilece.

Ayer tenías mi aprecio,  
Aunque no mi corazón  
Hasta hoy consideración  
En adelante... desprecio

Franquea el camino que es tarde  
A tus manejos ocultos  
No temo, ni a los insultos  
Con que amenazas cobarde,  
En tu oficio vil, empieza  
Ya sabes dónde has de hallarme  
Y en adelante has de hablarme  
Descubierta la cabeza.

RENZO —Entre sorprendido e indignado.

No hagas de valor alarde  
Que mi venganza te aguarda.

ZAIDA. —Despectivamente.

Allí lo veremos, guarda! ..  
Justa guarda... Dios de guarde.

Renzo queda con la cabeza baja y Zaida desaparece entre los árboles

#### ESCENA IV

Decoración de la Cueva. Zaida entrando con agitación.

¡Qué temores he pasado  
En medio de ese sendero

Si a ese infame ballestero  
Antonio hubiera escuchado!

¿Será capaz de matar  
A ese inocente pastor?  
No hay duda que lo mejor  
Será con mi padre hablar.

Su furor será espantoso  
Al saber que soy cristiana..  
Dejemos para mañana  
Asunto tan enojoso

Estoy tranquila. Más vale  
Que ese villano me acuse.  
En Dios mi esperanza puse..  
Silencio. Mi padre sale

## ESCENA V

Sale Abdelmunen. Aspecto de viejo árabe, con barba blanca, pobremente vestido, lleva un farolillo que deja sobre el arcón.

Que Alah te guarde. hija mia  
Zaida, por fin has llegado!

ZAIDA. Perdóname si tardé  
Porque abajo estuve un rato  
Hablando con esas gantes  
De aquellos tiempos pasados  
Y como ellos son tan buenos...

ABD. Son buenos.. pero, cristianos.

ZAIDA.—Padre, los tiempos varían  
Y aunque tú juzgaste malos  
A estos pobres, yo no encuentro

Razón para despreciarlos.

ABD Es que te reunes con ellos  
Y de ese frecuente trato  
Es menester que te apartes,  
Porque no es considerado  
El que una princesa mora  
Se junte con los vasallos.  
Que estas gentes no conocen  
Lo que deben al recato  
Y ha podido suceder  
Que alguno de esos cristianos,  
So pretesto que eres mora  
Y no tienes otro amparo  
Que este viejo que aborrecen.  
Al respeto haya faltado.

ZAIDA. Eso nunca A mí me quieren  
Y además es un milagro  
Que me encuentre sola, siempre  
Tengo a esa Juana a mi lado  
Como si fuera a mi madre.

ABD. — Y que es a la única que hablo  
Porque los demás me estorban  
Y me encuentro de ellos hartos.

ZAIDA. — Acercándose a su padre.  
Dí, padre y ese . pastor  
Ese .. Antonio, falta en algo?  
Porque ese mucho nos quiere!

ABD — Ese necio? Es más cansado!  
Siempre con solicitudes.  
Siempre ofreciendo su amparo



Y su apoyo y su aquiescencia  
Cual si fuera un potentado.

ZAIDA. El pobre hace lo que puede!

ABD.—Y maldito si puede algo,

ZAIDA.—Pero, él es bueno y nos quiere

ABD. Ambas cosas no he negado

ZAIDA.—Entonces por qué desprecios?  
Siendo excelente muchacho.

ABD.—Digo solo lo que siento  
Y de lo demás no hablo  
A bien, Zaida, que asaz pronto  
Hemos todo de olvidarlo  
Porque de aquí a breves días  
La mar habremos pasado  
Y si Alah nos lo permite  
Muy lejos de los cristianos  
Estaremos, que este viaje  
Largo tiempo hemos deseado.

ZAIDA.—Con sorpresa.

Abandonar estos montes!!

Padre; pero, adónde vamos?

ABD.—Que dónde? Al Africa, hija

Sentándose en el diván

¿Quieres que permanezcamos  
Siempre entre infieles? Yo creo  
Que bastante hemos pasado  
En esta cueva maldita  
En rebusca sin descenso  
De la clase de un secreto  
Que hace ya seiscientos años

Se encerró en aquestas simas  
Y no he podido encontrarlo!

ZAIDA. Sentándose en un almohadón a los piés de su padre.

Y en qué consiste el secreto?

ABD. Cuando a estas tierras llegaron

Los árabes de Tarik

Los godos abandonaran

Sus riquezas y sus joyas

Y sus casas y sus campos

Dentro de recios arcones

Sus tesoros encerraron

Y los trajeron aquí

Como sitio más guardado

Mas como todos murieron

Con los de Tarik, peleando

La señal do están, perdióse

Y solo se ha averiguado

Que en esta cueva se encierran

Pero, no se sabe exacto

El lugar de estas cavernas

Donde el tesoro dejaron,

En Granada, cuando estuve

Después de aquel desgraciado

Combate en que perdí todo!...

Que no quiero recordarlo!

Un amigo moribundo

Me dejó como legados

Planos en que muy confuso

Ha el lugar representado

Y me habló de las riquezas

Que los godos enterraron.  
Como solo me quedé  
Caminé contigo en brazos  
Vine pidiendo limosna  
Para no ser registrado  
Y me instalé en esta cueva  
Donde ha tiempo que habitamos.  
Y pasando algunos días  
Después de haber enterrado  
El poco oro que traía  
Rápido monté a caballo  
Juana se encargó de ti  
Y volví precipitado  
Haciendo largas jornadas  
Hasta llegar al palacio  
Que habité, cerca de Jaén.  
Cuando era Güisir del reino  
Penetré con un disfráz  
Y en noche oscura llegado  
En lo que fué mi jardín  
Trabajé solo... hasta hallarlo.  
Encontré mi oro, mis joyas  
Saqué cuanto había guardado  
Y junto con él volví  
Para de nuevo enterrarlo

Señalando al fondo hacia la izquierda

En aquella galería  
De la izquierda, a cinco palmos  
Bajo el suelo y desde ahí Señala la puerta  
A contar los quince pasos.

Ya sabes donde se encuentra  
Lo que resta del pasado!  
Pero, lo que no encontré  
Aun sin cesar de buscarlo  
Las riquezas enterradas  
De los godos derrotados  
Esas, aunque revolví  
De ellas no encontré ni rastro! .

✓ Cierta día, como siempre  
Me encontraba rebuscando,  
Me topé en una rendija      Con interés  
Un cofrecillo cerrado  
Que contenía pergaminos  
Y a fuerza de manejarlos  
Logré entender se trataba  
De otro secreto guardado  
Y como a los documentos  
Acompañaba otro plano  
Solo de una galería  
Profunda, de este costado      Señala la derecha  
Busqué aquella con paciencia  
Y logré encontrarla al cabo .  
Allí, junto al mismo muro  
Hay argollas y candados  
Cuyas llaves encontré  
En el baulillo de que hablo  
Y abiertos penosamente  
Y de una argolla tirando  
Con áspero rechinar  
Noté se corría despacio

Una gran barra, que oculta  
Antes no había notado,  
Se oyó crujir de cadenas  
Y como caer un tablacho  
Percibiendo como el ruido  
De un torrente desbordado.  
Dejé las cosas así  
Y me retiré, aguardando  
Impaciente, al otro día  
Que resultaba del caso  
Y supe con gran sorpresa  
De boca de los cristianos  
Que ya hacía varias horas  
Que las fuentes de allá abajo  
Sin causa que se supiera  
De improviso se secaron  
Y que en cambio en Moratalla  
Por la noche había brotado  
Tanta agua, por varios sitios  
Que atribuían a milagro!  
Bajé entonces de nuevo  
Al sitio de los candados  
Y tiré de la otra argolla  
Y aunque me costó trabajo  
Volvió la barra a correrse  
Pero en sentido contrario  
Cerré con llave otra vez  
Y como siempre han estado  
Se quedaron estas cosas  
Hasta el día en que te hablo.

A poco volvió a decirse  
Que las fuentes que brotaron  
Por la noche en Moratalla  
En seco se habían quedado  
Y que en cambio en Caravaca  
Volver a surgir tornaron,  
Deshaciendo el maleficio  
Conque las habían secado  
Solo entonces comprendí  
Que se encontraba en mis manos  
La suerte de los dos pueblos  
Y que en un momento dado  
Sumiría en la miseria  
Al que quisiere mi mano. ]

ZAIDA - Y si a la vez las argollas  
Hubierais las dos cerrado.  
Qué sucedería entonces?

ABD. -- No era posible ese caso  
Las cosas están dispuestas  
De modo tan acertado  
Que si una cierra, abre la otra.  
Y dentro de breve espacio  
Cambiarán aquí las cosas  
Porque tengo concertado  
Con algunos caballeros  
Que en breve han de visitarnos  
Cerrar las de Caravaca  
A las otras dando paso.

ZAIDA -- Padre! Entonces este pueblo  
Queda muy perjudicado!

ABD. — ¿Y qué nos importa eso  
Tratándose de cristianos?  
Si yo pudiera, ambos cauces  
Ha tiempo habría cerrado  
Mas como esto no es posible  
He de obrar aprovechando  
Las ventajas que me ofrecen  
Trayéndome de contado  
Doce bolsas de a mil doblas  
De Moratalla, y al paso  
Arruinando a Caravaca  
De esos perros me he vengado  
Pidiendo a Alah que ambos pueblos  
Vengan con esto a las manos  
Y dentro de pocos días  
Juntos a Africa nos vamos.

ZAIDA. — ¡Pero los de Caravaca  
Ningún mal os han causado  
Y es llevarlos a la muerte  
Pudiendo bien evitarlo!  
Al menos ese otro pueblo  
Nunca el riego ha disfrutado  
Y tendrán otras maneras  
De vivir, sin menoscabo  
De sagrados intereses  
Que de un modo legendario  
Constituyen un derecho  
Digno de ser respetado.

ABD De eso, Zaida, no te ocupes  
Ni tienes que hacerme cargos.

Disponte para partir  
Con todo lo de tu agrado.

ZAIDA. — Con pena. — ¡Ay, padre! ¡No puede ser  
Que me lleve lo que amo!

ABD    ¿Qué cosa quieres llevarte  
Que no tengas a la mano?

ZAIDA    Esta gruta... Este paisaje!  
Estos montes... Estos prados!  
¡Ay, padre! Si tú quisieras!  
¿Por qué estos países dejarlos?  
Por qué dejar esta cueva?  
Por qué al Africa marcharnos?  
¿No ves que pudieras ser  
En ese país, envidiado.

Como lo fuiste un día  
Dentro de tu propio reino?  
Si el cebo de tus riquezas  
Atrajese a algún malvado  
Que fingiendo ser tu amigo  
En esos países extraños  
Por robarte, te asesinan  
Y me dejan sin amparo!..

ABD — Es inútil que te empeñes  
Esta tierra abandonamos  
Y nos vamos al Mogreb.

ZAIDA. — Pensativa un momento. Se levanta con resolución.  
Por qué tan pronto marchamos?  
¿No encontraste esas riquezas  
Que los godos ocultaron  
Y que ha tiempo que persigues



Siempre con mal resultado?  
Pues, busquémoslas los dos  
Y tal vez en breve plazo  
Ya que las juzgas perdidas  
Se presenten a la mano.

ABD.— Se dirige a la puerta y desde ella dice:

Solo para complacerte  
Volveremos a intentarlo  
Mas, sólo por breves días.

Sale de la Cueva

ZAIDA. Coje el farolillo y se dirige a la galería del fondo.

¡Por fin concediste un plazo!

¡Sólo pudo el interés

Vencer su pecho de mármol!

Desaparece y queda la Cueva a oscuras.

## ESCENA VI

Entra Renzo recatadamente en la Cueva.

¡Cómo turba mi razón

La empresa que hoy acometo

Y la ruindad que cometo

Me hace a veces vacilar!

¡Malhaya la hora menguada

Que el pastor afortunado

En mi camino, cruzado,

Vino mi dicha a robar!

Acto indigno de un soldado

En esta acción vil y baja

Más la venganza trabaja

En contra de la razón

Y cuanto más se revela  
Y apartar mi odio procura  
Más me ciega la locura  
De esta maldita pasión.

Un abismo voy a abrir  
Cegado por el dolor  
Donde se hundirá mi amor  
Y se hundirá mi esperanza.  
Y qué he de hacer, con acierto,  
Si enloquecen mi razón  
El fuego de esta pasión  
Y el grito de mi venganza?

Y si el padre con ternura  
Les perdona y les ampara  
Y su dicha les prepara...  
¡Aparta... idea funesta!  
¡Habrà medio de vengarme  
En mi desesperación  
Harà la separación  
Un dardo de mi ballesta!

Se acerca a la puerta de la Cueva y se detiene escuchando.

Se oyen voces agitadas  
Que algún asunto comentan  
Y me parece que intentan  
En la Cueva penetrar.  
Escondido entre la sombra  
Escuchar es conveniente  
Y sabremos de esta gente  
Que es lo que viene a tratar.

Se esconde en la pequeña galería de la derecha.

## ESCENA VII

Entran en la Cueva Abdelmunen y los ricos hombres de Moratalla Aguilera, joven impetuoso; Guillén, de edad provecta y mesurado en el hablar. Rueda y Velez les acompañan.

ABD. Esta mañana os envié  
El aviso convenido.

GUILL. — Y por eso hemos venido  
A que nos digáis por qué  
Tenéis prisa en negociar  
Con tal presteza el asunto.

ABD. — Porque he de marchar al punto  
Y quiero pronto acabar  
Y como no he de volver  
Por esta tierra jamás  
A vosotros quiero más  
Este tesoro vender.

GUILL. A mi juicio, mejor es  
Que por nuestro oro, vendieras  
En vez del agua, y nos dieras  
El secreto que posees.

ABD. A esa condición no atiendo.  
Decid si el trato aceptáis,  
Si sólo el agua buscáis.  
Sólo el agua es lo que vendo  
Que yo marcharme deseo.  
Y si agua vais a comprar  
Nadie os podrá disputar  
Lo que yo sólo poseo.

Y a poco que calculéis  
Ignorarlo es preferible,  
Porque cabe en lo posible  
Que el secreto divulguéis  
Y si el pueblo se enterara  
Y el secreto os descubriera  
Quien la Cueva poseyera  
El derecho os disputara.

**GUILL** — Dirigiéndose a sus compañeros.  
Razón que le sobra al moro  
En lo que dice y aprecio.

Dirigiéndose a Abdelmunen.

Fijad el último precio.

**ABD.** — Son doce mil doblas de oro.

**AGUIL** — ¡Es precio muy elevado?

**ABD.** — Con enojo.

Yo solo puedo tasarlo  
Y si no podéis comprarlo  
Quedad como habéis estado.

Nadie os obliga a comprar,  
Nadie me obliga a vender,  
En ello no he de ceder  
Ni el precio he de rebajar

Que se puede valorar  
Donde haya comparación  
Y creo, que en esta ocasión  
Nadie puede comparar

**GUILL** — Nadie la tasa marcó  
Que a tu voluntad dejamos  
Y aquí conformes estamos

Con el precio que estimó

AGUIL. — Con arrogancia.

Si pareció demasiado  
No creas lo rechazamos,  
Que en Moratalla contamos  
Con valor y oro sobrado  
Así, mañana o pasado  
Será tuyo ese dinero;  
Mas exigimos primero  
Que señal nos hayas dado.

ABD — Antes de lucir la aurora  
Brotar las fuentes veréis  
En Moratalla y podréis  
Convenceros en buena hora.

Mas transcurrido un momento  
De nuevo se habrán secado  
Y el Temple no habrá notado  
La falta del elemento,  
Y una vez que aquí subáis  
Dejad la puerta guardada  
Y mi promesa probada  
El dinero me traeréis

Y estando a vuestra presencia  
Y abajo el agua corriendo  
Os iréis convenciendo  
Cómo no falla mi ciencia

Después, yo me marchó a Argel,  
Vosotros me acompañáis  
Y en la costa me dejáis  
Hasta encontrar un bajel.

GUILL.—No se hable más del asunto,  
En tu promesa confiamos  
Y tu sigilo esperamos  
Que no falte en el asunto

AGUIL.—Que si por medio hay traidores  
Sabrá estorbarlos la espada.

ABD —Nadie de esto sabe nada  
Marchad tranquilos, señores

Salen y Abdelmude les acompaña hasta la puerta. Les vé partir y después se interna por una de las galerías del fondo.

### ESCENA VIII

Renzo sale de su escondite con recelo. Cerca de la puerta se detiene un momento.

No supuse que escondido  
tan grave cosa escuchara  
La fortuna me depara  
El bien que juzgué perdido  
Ahora, Berta, lo que cuadre:  
U olvidas a ese villano  
Y me concedes tu mano  
O entrego al Temple a tu padre

Recapacita un momento

Mas, cumpliré mi deber.  
Mi venganza he de aplazar  
Y debo pronto marchar  
Que el Maestre lo ha de saber  
No cabe vacilación.  
Y aprisa, que el tiempo apremia

Y veremos cómo premiar  
El Maestre mi delación.

Sale rápidamente de la Cueva. La escena queda un momento soñada.

## ESCENA IX

La misma decoración, a oscuras. Entra lentamente Antonio.

¡Qué oscuridad tan horrible  
Y cómo se encoge el alma  
Siempre que a solas penetro  
En tan sombría morada!  
No sé cómo se acostumbran  
Estas gentes a habitarla  
Habiendo chozas alegres  
De flores siempre rodeadas!  
Que aquí viva Abdelmunen  
O el mago como le llaman  
Se comprende; pero Berta,  
Que es la flor de estas montañas,  
Que se esconda en estas simas  
Cuyas sombras, sólo, espantari,  
Es cosa que no se explica  
Ni puede ser explicada.  
Lo mismo que de ese hereje  
Que tiene tan mala fama  
Venga una hija como Berta.  
El modelo de cristianas!  
Y a todo, sin oír ruido,  
Sin aparecer un alma.

Gritando.

Eh, Zaida! Eh, Abdelmunen!  
No hay quien viva en esta casa  
(Mejor dijera este Infierno.)

## ESCENA X

Aparece Abdelmunen, con un farolillo en la mano, por una galería del fondo.

ABD. — Di, cristiano, por qué llamas?  
¿Qué vienes a hacer aquí  
Donde nunca hiciste falta?

ANT. — Buenos días, Abdelmunen.

ABD. — Reconociéndole a la luz del farol. Se sienta en el diván con fastidio.

Eres Tú? Alah te guarda.

ANT. — Quiero Abdelmunen que hablemos  
De un asunto de importancia  
Para mí y para ti

(Sentándose en un taburete)

Como verás por las trazas  
Ya sabes que yo soy pobre  
Pero de familia honrada  
Y que no tengo otro *aquel*  
Que la comida y soldada  
Que gano con mi trabajo  
Guardando ovejas y cabras.

ABD. — (Con indiferencia)

Esa historia ya la sé  
Y ahorrábaste de contarla.  
Que eres bueno... así .. así,



Como de gente cristiana,  
Lo que sí me costa es  
Que eres necio por las trazas  
Y para decir sandeces  
Te apartas una jornada

Bruscamente

Conque acaba pronto y dí  
Qué quieres o que buscabas.

ANT.— Con resolución.

Gracias por los cumplimientos  
Pues no quiero de tí nada  
Quiero. . lo que tú no eres  
Pero, es tuyo. . tu hija Zaida

ABD.— Levantándose con furor.

Perro cristiano! Qué escucho?  
¿Te estás burlando en mis barbas,  
O es que quiere tu locura  
Ir al Infierno a contarla?

ANT.— Trata de tranquilizarlo.

Perdóname, Abdelmunen  
Que yo respeto tus canas.  
Pero quisiera decirte  
sobre esto cuatro palabras.  
Yo soy pobre... ya lo sé  
Y cristiano, esto me ensalza  
Y aunque tú me llames perro  
Y de otro modo afrentaras  
Y me llenaras de injurias,  
Mi deber es perdonarlas.  
Tú eres viejo, yo soy joven.

Eres el padre de Zaida;  
Tú eres español, y yo  
También del suelo de España.  
Y si pides más nobleza  
Difícil será buscarla.  
Pobre, español y cristiano  
Son palabras que se hermanan.

Con arrogancia

¡Mas con decir español  
Ello por sí sólo basta  
Para encontrarse al nivel  
De las sultanas de Arabia!

ABD. — Indignado.

Por las barbas del Profeta  
Te estoy oyendo y me extraña  
No se agote mi paciencia  
Al oír tu insolente charla  
Quién te ha calentado el seso?  
¿Quién licencia tiene dada  
Para dirigir tus ojos  
A mi hija? ¡Que está tan alta,  
Que aún siendo príncipe moro  
Dar por esposa dudara!  
Tú esperabas, inocente,  
Que en seguida la entregaba  
A un cristiano... a un infiel  
Contrario de mi fé santa!  
No prosigas en tu empeño  
Que te puede traer desgracia  
Y te doy un buen consejo.

Porque veo que te hace falta.

Si estimas la vida en algo

No vuelvas por esta casa.

Estos versos deben decirse muy lentamente.

ANT. — Con resolución.

Ni logras meterme miedo

Ni me asusta tu arrogancia,

He de conseguir mi empeño

Y pese a quien pese! ¡Vaya!

Cuento con mi fé, mi amor,

Con la constancia de Zaida

Y la ayuda poderosa

Que del Cielo me depara

Cuando rezo en esas cumbres

Antes de que raye el alba

La Madre de los cristianos

La Virgen de la Esperanza

Abd. le ha vuelto la espalda y queda pensativo de codos en el arcón.

Pero, cumpliré tu orden

No pisando más la casa

Que habitas; pero, se entiende

Que no abandono la causa

Que Berta será mi esposa...

ABD. — Con extrañeza se vuelve

Quién es Berta?

## ESCENA XI

Zaida apareciendo lentamente por una de las galerías del fondo y con majestad.

Yo soy, Zaida

ABD. Sorprendido  
¿Cómo te llaman así  
Entre esas gentes cristianas?

ZAIDA — Es que entre ellos, padre mío,  
No pueden llamarme Zaida  
Porque no es nombre cristiano.

ABD. Qué importa? Sí así te llamas.  
Y dime ¿has oído a este  
Con el empeño que trata  
La gran locura que trae  
Que él llama sus esperanzas?

ZAIDA — Con abatimiento.  
Sí le he oído padre!

ABD. —Y qué?

ZAIDA — Que es cosa para tratada  
Más despacio y con sosiego  
Y ahora el sosiego te falta...

ABD — Queda sorprendido. Se oye un trueno lejano y la campana  
del castillo que toca al conjuro de la nube.

Como distraido

Ya suena como a diario  
De esos perros la campana.  
Ya puedes marchar, pastor  
Pon a recaudo tus cabras  
Que tendremos pronto nube  
Y aquí nunca hiciste falta.

ZAIDA. — Con pena.

¡Padre, así le despedís  
Siendo tan buena compañía!

ANI. — No intercedas, que me voy,  
Y no va la cosa en chanza  
Que se presentan dos nubes!

Señalando al Cielo y a Abdelmuner.

Y a cual más fuerte descarga

En el momento de salir se produce un vivo relámpago.

ANT. — Jesús! Santiguándose, sale.

ZAIDA — Santiguándose.

¡Ay, Jesús nos valga!

## ESCENA XII

(Y FINAL DEL ACTO)

ABD. — Qué haces tú desventurada!  
¿No sabes que esas señales  
Sólo los cristianos gastan?

ZAIDA — Con curiosidad

Y si lo fuera? Qué haríais?

ABL. — Con enojo

Ni en broma quiero escucharla?

Dirigiéndose a su hija.

Ves si por tí me desvivo?  
Ves si te llevo en el alma?  
Pues antes que renegases  
De nuestra fé musulmana  
Esta Cueva sería en breve  
De tu cadáver, morada!...  
Pero, esto sólo son sueños.  
Como tú me abandonabas?

ZAIDA. — Acercándose a su padre con amor.

Abandonarte! Eso nunca!  
Eso, ni que lo soñaras!  
Pero, dicen los del pueblo,  
Que es tan firme la esperanza  
De los cristianos, que siempre  
Entregan gustosa el alma  
Antes que dudar un punto  
De su creencia firme y santa!

ABD. — Con arrebato.

Santa dijiste? Demente  
Debes estar con la charla  
Que te trae ese mozuelo,  
Y maldito lo que gana  
Una mujer de valía  
Mezclándose con canalla  
De infieles, que Alah maldiga!  
Nuevo relámpago y fuerte y continuado trueno.

ZAIDA. Temerosa.

Qué tormenta, Virgen Santa,  
Sácanos de ésta con bien!

ABD. — Amenazando.

Dirás que Mahoma nos valga  
A Alah debes invocar  
Como buena musulmana.

ZAIDA — Con resolución.

En los casos de peligro  
Todo fingimiento es falta!  
¡Me pides, un imposible! ..

Se arrodilla ante su padre.

ABD. — Acaso eres renegada?

Niegas la fé de tu padre?  
Así le olvidas? Así le amas?

ZAIDA — Con ternura.

Más que nunca te venero,  
Más que nunca tu hija te ama  
Ante Jesús y ante ti  
Me arrodillaré a las plantas  
Mas ante Mahoma jamás!  
Ya lo sabes Soy cristiana!

Se levanta con resolución.

ABD. — Sorprendido. Vivísimo relámpago y fuerte y continuado trueno. En voz muy alta.

Por Alah! Qué es lo que escucho!  
Estàs loca, desgraciada!  
Sabes que te va la vida?

ZAIDA Siendo por la fé, es grata  
La muerte que de ti espero  
O el tormento que preparas;  
Mas no esperes que el suplicio  
Haga vencer mi constancia  
Que es la fé fuerza tan grande  
Que hace mover las montañas.

ABD. — Descuelga el alfanje y se dirige a su hija en actitud amenazadora.

Pues prepárate a morir  
Que no quiero una hija ingrata.

ZAIDA. Ingrata, nunca lo fuí!  
Perdona si en mí hubo falta  
Que siendo Berta, te quiere  
Lo mismo que siendo Zaida  
Se arrodilla de nuevo.

Matarás la hija que adoras  
Que está sumisa a tus plantas  
Si aquí tu furor la pierde  
Podrás en el Cielo hallarla.  
Doy mi vida por la fé!  
Si tú quieres, padre, mata  
Que es mi sangre, sangre tuya  
Pero no es tuya mi alma!

Inclina la cabeza

Por Cristo diera cien vidas. .  
Recíbeme, Virgen Santa!!

Trueno horroroso. Aparece ante los ojos del árabe en el fondo del escenario una sombra blanca, que tiende los brazos como implorando piedad. El trueno debe continuar su rumor. Abdelmunen se queda rígido y se le cae el alfanje de la mano. Desaparece la sombra, cesa el trueno y Abdelmunen cae desfallecido lentamente.

[ ABD - Ah! Mi Zaida! Por piedad,  
Hija, del suelo levanta!  
Que juntos valor y vida  
Parece que se me escapan!  
No cumpliendo con mi Ley  
Permitiendo seas cristiana!  
¡He creído ver la sombra  
De tu madre, que adoraba  
Que pedía para su hija  
El perdón por esta falta!  
¡Ah, la sombra de una madre  
Siempre a los hijos ampara!

Cae desplomado en la alfombra. Zaida se precipita sobre él para incorporarlo y lo hace a medias.



ZAIDA. Padre! Qué tienes? Reponte!  
No dejes a tu hija Zaida!

ABD.—Con desmayo.

Zaida! . Dejarte! . Imposible!  
Eres mi hija, aunque cristiana,  
Eres luz entre mis sombras...  
Eres mi bien, mi esperanza. .  
Y renuncias a tu fé!  
Y de tu padre te apartas!  
¡¡Que nadie sepa el perjurio!

ZAIDA. Con fé.

Ay, padre! Tengo esperanza  
De que se abrirán tus ojos  
A la creencia sacrosanta.

Señalando hacia el castillo

Allí tienes a la Cruz  
Que a todo linaje ampara  
Y con los brazos abiertos  
Amorosamente aguarda!

ABD.—Con angustia y voz alta.

Por Alah, no me abandones!

ZAIDA.— Con fé y voz alta.

Por Cristo! no temas nada!

Pugna por levantarlo.

TELON RAPIDO

# La Cueva de la Barquilla

POR

DANIEL JIMENEZ DE CISNEROS

---

## ACTO 2.º

---

### ESCENA I

Decoración de las Fuentes.

Sentados cerca de ellas se encuentran el Maestro del Preceptorio y el caballero de la Orden Mendo Alvar. Hora de cuatro a cinco de la tarde.

MAEST. — Convoqué, Mendo Alvar, para esta tarde  
Los ricos hombres del vecino pueblo  
Para hablar del asunto de estas aguas,  
Noticia que me trajo el balletero.  
Y como es un asunto de importancia  
Antes que vengan convendrá que hablemos.  
Si es cierto lo que dicen, deberíamos  
Buscar en el asunto un buen arreglo.  
Ya sabéis que la Santa Orden del Temple  
Para todo desmán halla remedio  
Sabéis que entre estos pueblos hay encono  
Y en el caso presente es de temerlo.  
Estos nobles serán apasionados  
Y no querrán ceder de su derecho,  
Y no es justo que allá carezcan de agua  
Y que aquí se prodigue con exceso.

M AL.—Creo, Señor, conviene que esta tarde  
Con los de Caravaca en bien hablemos  
Pero, decid, ¿creéis esa conseja  
Que trajo esta mañana el ballestero?  
Porque yo pongo en duda esa leyenda.

MAEST.—Tengo especial razón para creerlo,  
Mendo Alvar, hace más de quince años  
Que siendo el que os habla Caballero  
De esta Orden, había en Tarragona  
Un Preceptor francés que era muy viejo  
Y me dijo oyó contar a un monje  
Había en la Barquilla un gran secreto  
No se sabe a que se referían  
Si era de Nigromancia o de dinero.  
Hace años allá he penetrado  
Registré la caverna con empeño  
Y abandoné despues tan ardua empresa  
Sin conocer la clave del secreto.

M. AL.—Siendo así, posible veo el caso  
Más cuidado, vienen ya por el sendero  
Los hombres que citasteis a este sitio

MAEST.—Guardad todo lo dicho en el silencio.

## ESCENA II

Los mismos y los ricos hombres de Caravaca, Marín de Espinosa de edad madura y continente reposado, Bustamante joven y de carácter impetuoso; otros dos Caballeros.

MARÍN, BUSTAMANTE, etc , *saludando*.

—Salud a la ilustre Orden del Temple.

MAEST.—Dios os guarde; sentaos, caballeros, (se sientan)

Que para tratar de un grave asunto  
Os cité esta mañana en este predío.

MARÍN. — ¿Es que acaso los moros granadinos  
Se atreven a atacarnos de nuevo?

MAEST. — Ya sabeis que el Señor Rey D. Fernando

[Todos llevan mano a descubrirse.]

Ha vencido otra vez sus desafueros.  
No es asunto de guerra el que nos reúne  
Es ventilar legítimo derecho.

MARÍN. — No comprendemos al ilustre Maestre ..

MAEST. — Os he llamado para hablar de esto:  
Esta mañana a mí se ha presentado  
Un guarda-bosque que se llama Renzo  
Diciendo que al descuido ha sorprendido  
Al moro de la Cueva, de concierto  
Con unos caballeros que trataban  
Grave conversación con gran secreto...

BUST. — [Interrumpiendo].

Brava acción la del guarda! si es su oficio  
Mostrarse tan solícito y experto  
Bien se merese el tal un buen castigo  
Que premie su servicio de indiscreto.

MAEST. — En hombre de vil cuna es disculpable,  
Lo que fuera ruin en Caballero.  
Lo que importa al presente es un asunto  
De trascendencia suma para el pueblo  
Parece ser que el moro Abdelmunen  
Conoce de la Cueva un gran secreto:  
Se dice que en la Cueva hay dos compuertas  
Que él sabe manejar sin gran esfuerzo

De tal modo y manera que la una  
Alzada está desde remotos tiempos  
Derivando corrientes cristalinas  
Lanza el agua a la vega de este pueblo  
Mas si levanta la otra y ésta cierra  
Cambiará a Moratalla este venero.

**MARÍN.** — Para cuento del Guarda... no esta malo  
Para nosotros, no lo creo serio.

**MAEST.** — Razones hay, Marín, que en este caso  
No conviene mirarlas de ligero  
Que sí el hecho es verdad, bien se merece  
Premiar al guarda-bosque por su acierto.  
Que si allende esos montes se aprovechan  
Y arrancan a ese moro tal secreto  
Por más que lamentamos el descuido  
Jamás encontraremos el remedio

**BUST.** — (Con impetu).

Es que entonces abriría la espada  
La brecha necesaria para el riego.

**MAEST.** — No regaríais el campo con la sangre  
Que hicierais derramar por ese suelo,  
Ni era de consentir que entre cristianos  
Tiñérais de ese modo los aceros...

**BUST.** — (Con arranque).

Maestre, los de ese pueblo nos provocan  
Numerosas cuestiones hace tiempo  
Y la prudencia aquí tiene su límite  
Que no ha de confundirse con el miedo.

**MAEST.** — (Con dignidad).

Teneos, Bustamante; sólo al Temple

Corresponde medir si ha habido yerro  
Y mirar bien de cerca a la morisma  
Que aguarda ansiosa con ardid artero  
Excitar división entre vosotros  
Y desuniros, para al fin venceros  
No debe de romperse la armonía  
Se trata de que vivan ambos pueblos  
Registremos la sierra si es preciso  
Y si la cueva encierra ese secreto  
Soluciones buscad en el asunto  
Para encontrar equitativo arreglo  
Que las aguas aquí vengan de día  
Y por la noche vayan a ese pueblo  
Y pues agua teneis aquí de sobra,  
Como hermanos partid el don del cielo ..

(Pausa)

MARÍN. — Tal vez lo que decis, es lo más justo  
Y una dificultad tan solo encuentro:  
Si de estas aguas el caudal menguase  
Que pudiera tal vez andando el tiempo  
Suceder, ignorándose su origen  
Cual se ignora al presente y siendo un hecho  
Reparto de aguas, constituido en Ley  
No hubiera suficientes para el riego  
Quedaría mi país perjudicado  
Teniendo que partirlas de derecho  
Con Moratalla, que saldría ganando  
Pero nunca perdiendo en este riesgo

MAEST. — Si a esa guisa pensarán los cristianos  
Jamás protegerían al indefenso

Vestirían al desnudo, ni darían  
Agua al que tiene sed, pan al hambriento  
Temiendo que en el día de mañana  
Pudieran faltar en su provecho

MARÍN.—De todos modos, juzgo necesario  
Salir de dudas; pero, en breve tiempo  
Y fuera conveniente en mi sentir  
Ver en la cueva sin perder momento  
A ese moro que en ella encuentra albergue  
Y tratar ese asunto; pero, creo  
Que si los otros han pactado ya  
Será preciso caminar con tiento  
Al hablar con el moro, que aunque avaro,  
Tiene fama de ser muy circunspecto.

BUST.—Tal vez aumentándole la oferta ..

MARÍN.—Sabiendo lo que aquellos ofrecieron  
Cosa fácil sería, que a Dios gracias  
No nos faltan los bríos ni el dinero

BUST.—Tentaremos del moro la avaricia ..

MAEST.—Conocer el secreto lo prefiero  
A comprar esas aguas solamente  
Que pudiera tal vez al mismo tiempo  
Recibir vuestras dádivas solícito  
Y vender a los otros el secreto  
Manejando vosotros las compuertas  
Sería cosa fácil un arreglo  
Y olvidando por siempre las rencillas  
Se trocarían amigos ambos pueblos

BUST.—Por supuesto, que el moro ha de marcharse...

MAEST.—No desea otra cosa según creo

Y termine el asunto en esta hora  
Guardando el más recóndito silencio

(Todos se levantan).

MARÍN. — Sólo falta que el Mæstre nos indique  
Hora, día y lugar que hemos de vernos  
Y tratar con el moro ese negocio.

MAEST. — Mañana, a la hora de alba, en este predio.

MARÍN Y LOS DEMÁS.

Dios guarde a los Templarios. Buenas tardes.

MAEST. — Id con El para siempre, Caballeros

(Les acompaña y los despide.)

### ESCENA III

MAESTRE Y MENDO ALVAR.

MAEST. — ¡volviendol

Ya veis Mendo Alvar, cual són los hombres  
Aun de los bienes que de Dios reciben

(Se sientan otra vez).

Que sin trabajo y sin esfuerzo gozan  
A partir como hermanos se resisten  
Y si estas aguas que de sobra tienen  
Y a su influjo feliz los campos viven  
Fuera su obra. ni una sola gota  
Darían a ese pueblo que les pide!

(Pausa.)

Y con todo ¡Si fueran las cuestiones  
Como estas que al presente se dirimen  
O cual vencer a la morisca gente  
En batalla campal y perseguirles! . Pausa .



[Contienda mas cruel ataca al Temple:  
Dominar las calumnias que dirigen  
Los rivales de la Orden, que en la Francia  
Con fría y cruel saña nos persiguen

M. AL. — Tan grave es el peligro que amenaza?

MAEST. El peligro es muy grande, que el Pontifice  
Ligado al Rey de Francia como siervo  
Le acata y obedece en cuanto pide.  
¡Rey de Francia, veremos ante Dios  
Que contestas al cargo que dirige  
Jacobo de Molay, hoy nuestro Jefe  
Con qué derechos al Templario extingues!  
¿Si los bienes del trono has prodigado  
Robas a los Templarios, Rey Felipe?

(Pausa).

M. AL. — Mas de qué nos acusan?

MAEST. — De heresiarcas.

De renegar de Cristo y de la Virgen  
De crímenes nefandos y horrorosos  
De idolatría, Gula lo indecible!

M. AL. — Mas cómo sostener esas calumnias?  
Cómo prueban vivimos en el crimen?

MAEST. — Qué cómo? Mendo Alvar, si un rey acusa  
Traidores faltarán que testifiquen?  
No véis que está cercado de ambiciosos  
Que nos temen, nos odian y persiguen?  
Los nobles que a continuo le rodean  
Y que le han ayudado a que se arruine  
Mirando rica presa en nuestros bienes  
Con ansia esperan que nos sacrifique

Sí Nofo de Florencia, el foragido  
Y el Prior de Monfalcón, a lo que dicen  
Se acusan de delitos semejantes  
Por qué razón al Temple se le extingue? ]

M. AL.—Si todos los Templarios nos uniésemos! ..

MABST — (Con desmayo)

Es tarde, Mendo Alvar! Si la molicie  
No hubiera enervado nuestras fuerzas  
(Unico cargo que en verdad dirigen),  
Si no nos encontráramos dispersos!  
Qué rey ni qué nación se nos resiste!  
Oh! Si con tanta astucia has procedido  
Aconsejado por la vil estirpe  
De esos tus cortesanos disolutos  
Que agotaron tu oro en los festines!...  
Prendes a los Templarios poco a poco  
Llevas a un tribunal que nos confisque  
Lo que en ley y en derecho poseemos  
Y a tu real patrimonio se lo aplique

(Animándose).

¡Esos bienes que excitan tu codicia  
Manchan tus manos con odioso crimen!  
Que solo los Templarios de la Francia  
Contaran con la venia del Pontífice  
Y juro por mi nombre de Monfort  
Que irías del trono abajo, rey Felipe!

(Pausa).

No queda otro recurso que la muerte!  
Nuestro oro y nuestra sangre es lo que piden  
Y falsamente nos imputan actos.

Para justificar cual nos oprimen  
No sintamos la fuerza del tormento  
Que para hacernos confesar, apliquen!

(Animándose gradualmente).

¡Los que nunca temblaron en batallas  
Los que no dan cuartel ni lo reciben  
Protestando ante Dios, la frente en alto  
En el suplicio de la hoguera expiren!

(Pensativos quedan en silencio un breve rato).

#### ESCENA IV

Mientras los dos templarios permanecen silenciosos con la cabeza baja, asoma Antonio por entre la enramada de la izquierda y al verlos quiere retroceder.

ANT. — Perdónenme los señores  
Que sin querer les molesto  
Porque, viniendo a estas horas  
Creí este lugar desierto.

MAEST. Ni molestas ni te turbes.  
Dínos quieneres, mancebo.

ANT. — Soy pastor de la Barquilla  
Que está junto aquellos cerros  
Y venía muy distraído  
A solas con mis recuerdos.  
Perdonen que me retire.

MAEST. — No te retires

ANT. — Me quedo

MAEST. ¿Desde cuándo eres pastor  
De esos lugares, pequeño?

ANT. — Señor, desde que nací  
No he salido de estos predios.

MAEST. — Has penetrado en la Cueva?

ANT. — En la Cueva! — Ya lo creo!  
Si no conozco otra cosa  
Y allí está lo que yo quiero!

MAEST. — Y entras allí con frecuencia?

ANT. — No tanto como deseo  
Pero, de aquí en adelante  
No será fácil empeño.

MAEST. — Explícame eso que dices  
Y no te andes con rodeos

ANT. — Yo soy pastor como ven  
Y, dicho sea con respeto,  
Como voy teniendo edad,  
Pensaba en el casamiento  
El moro tiene una hija  
Que por esposa pretendo  
Cosa que no era difícil  
Porque los dos nos queremos.

M. AL. — Pero, la hija es musulmana!

ANT. — No, señor; a lo que veo  
Olvidanse sus Mercedes  
Fué bautizada hace tiempo  
Llevando por nombre Berta.

M. AL. — Tienes razón, ya recuerdo;  
Pero, no sabes sin duda  
Que su padre es de abolengo  
Y aunque de la fé enemigo  
Fué magnate en otro tiempo...

ANT — Señor, eso no lo supe  
Hasta después de entendernos  
Que me lo ha contado Berta  
Hace ya bastante tiempo;  
Pero, como ella es sencilla  
Y humilde como un cordero,  
Tiempo ha que me tiene dicho  
Que renuncia a su apogeo  
De princesa mora y quiere  
Vivir siempre en estos cerros.  
Siendo cristiana, es feliz  
Y sólo le pide al Cielo  
Que alumbre la inteligencia  
De su padre, que es muy terco  
Y cuando habla de Mahoma  
Llama a los cristianos, perros  
El no sabe que su hija  
Fué bautizada hace tiempo  
Porque, si lo barruntase  
De seguro la habría muerto.  
Mejorando lo presente  
Es de lo bueno del pueblo!

M. AL.—Entonces ¿cómo dijistes  
Que renuncias al proyecto  
No entrando más en la Cueva

ANT.—Porque en mal hora, por cierto,  
Se me ha ocurrido hace poco  
Hablar de mi casamiento  
Al padre de la muchacha.

M. AL.—Y de seguro se ha opuesto

ANT Si fuera sólo oponerse! . .  
Se puso como un infierno!  
Me llamó necio, ignorante  
Y me dijo hecho un veneno.  
«Que si volvía por la Cueva  
Me contara con los muertos »

M. AL.—Esa fue imprudencia tuya  
Siendo cristiana en secreto .  
No convirtiéndose el padre,  
No era fácil un arreglo  
Un matrimonio de oculto,  
Ese era el único medio

ANT —Señor, ya se lo propuse  
Y me contestó: «no acepto  
Sería engañar a mi padre  
Faltándole así al respeto»  
Y yo pierdo la esperanza  
Y en muchos años no encuentro  
Fácil manera de ver  
Realizados mis ensueños!

(El Maestro que durante esta conversación ha permanecido pensativo y sin prestar atención a lo que dice Antonio, se dirige al pastor).

MAESTR.—Deja ese asunto por ahora  
Y contesta a lo que quiero  
Preguntarte de la Cueva:  
¿Has visto por esos cerros  
Rondando gentes extrañas  
Alguna vez?

ANT. Ya lo creo!  
Hay uno como una sombra

Que siempre está de paseo  
A la vista de la Cueva

MAEST. — Y quién es?

ANT — Un balletero

Que me tiene una ojeriza  
Que quisiera verme muerto

MAEST. — Y qué motiva su enojo?

ANT — Supongo que serán celos;  
Pero, Berta no hace caso  
Y yo cuidado no tengo

MAEST. — Con impaciencia.

Pero, otras personas, dí,  
No van a la Cueva?

ANT. — (Confidencialmente). Creo

Que hoy hubo unos señorones  
De Moratalla allá dentro  
Tratando no sé que cosa  
De arte mágica o dineros. . .  
Y también Berta me ha dicho  
Que ya desde hace algún tiempo  
Esos señores mandaban  
Con frecuencia su correo. . .  
Son negocios de su padre  
En los que yo no me meto

MAEST. — Te voy a hacer un encargo  
Con gran sigilo: Te ordeno  
Que no te separes mucho  
De la Cueva, y en secreto  
Si algo nuevo allí pasara  
Le mandas al balletero

Que se presente enseguida  
En la Baylia, que deseo  
Saber la razón que envies

ANT. — Señor, eso será bueno  
Tan solo por pocos días;  
Porque el moro, a lo que temo,  
Ha de marcharse muy pronto

(Pesaroso)

Con su hija, que es lo que siento;  
Que si ella siguiera aquí  
Me serviría de consuelo  
Tan solo verla a distancia!...

MAEST. — Eso de marchar, veremos  
En lo que queda, pues él  
Puede irse; pero, ella, siendo  
Cristiana como nosotros  
Fuera cometer un yerro  
Dejar que al Africa marche  
Y que el padre, en un extremo  
De obcecación musulmana  
La sometiera al tormento.  
Por ahora estate tranquilo  
Que no marcharán tan presto,  
Y puesto que os quereis  
Con un amor casto y bueno  
A despecho de su padre  
Y del poder del infierno,  
Como sois dos desvalidos,  
Yo templario, os protejo  
Vete en paz, pobre muchacho!



ANT. — [Regocijado]

Sea con su merced el Cielo!

[Se marcha y quedan los dos templarios silenciosos].

## ESCENA V

Oscurece. Se oye a lo lejos el órgano del Temple y el Maestre y M. Alvar se incorporan y se dirigen a la Baylia.

[Esta escena se escribió para ser recitada a compás con el órgano].

MAEST — Vamos, hermano, al Templo,  
Que llama la oración;  
Perdonemos la injuria que nos hacen  
De todo corazón.  
Pidamos al Señor nos ilumine,  
Pidámosle con fe,  
Ya que la Santa Orden del Temple  
Perseguida se ve.  
Pidamos por la vida del Gran Maestre  
Reducido a prisión.  
Que el Señor le conforte y nos aliente  
en la tribulación.

## ESCENA VI

Mutación de cuadro. La Cueva a oscuras Abdelmunen sentado y pensativo. Entra de repente Zaida.

ZAIDA. — Padre, que por el sendero  
Que se encamina a esta puerta  
Viene larga comitiva.

ABD. ¿Sabes qué gentes son esas?

ZAIDA. — Son caballeros que vienen  
Con el Maestre a la cabeza,

Que se dirigen aquí  
He juzgado por las pruebas  
Van guiados por ese. . Renzo  
Y por lo visto comentan  
Cosa de gran interés  
Parados en la revuelta  
Del camino que conduce  
A la entrada de la Cueva

ABD. — De ese Renzo, nada bueno  
Me promete ¿Tú qué piensas?  
¿Por acaso has revelado  
Lo que te dije en reserva  
Del secreto que conté  
Y encomendé a tu prudencia?

ZAIDA — No, padre Yo nada dije  
Del secreto de la Cueva.

ABD — Pues retírate un momento  
Y quédate a la derecha  
De la puerta, y escondida  
Entre el bosque estate atenta  
Por si acaso un indiscreto  
Oír que hablamos pretendiera.

Sale Zaida,

## ESCENA VII

Abdelmunen solo.

¡Qué querrán estos rumíes  
Ahora que se encuentra cerca

La hora anhelada por mí  
De abandonar esta tierra!  
¿Serán los de Moratalla  
Capaces de hacer la venta  
Del secreto que confié  
Y traidoras sus ofertas?  
Sé prudente, Abdelmunen  
Y no confies en promesas .  
No aclaremos los asuntos, .  
Pocas palabras y buenas  
Con esta clase de gentes  
Discreción, tino y prudencia

### ESCENA VIII

Asoma Renzo a la puerta de la cueva.

RENZO.—Alah sea contigo, moro.

ABD. Cristiano, contigo sea  
Qué razón te trae a mi casa?

RENZO.—Que quiere entrar en la Cueva  
El Maestre de los Templarios  
Y te demanda licencia  
Para entrar aquí enseguida .  
Que hablarte a solas desea  
De un asunto de importancia  
Y quiere que sea en reserva.

ABD.—Dí que pase y que a sus órdenes  
Abdelmunen siempre queda

Sale Renzo.

## ESCENA IX

El Maestro, entrando.

Salud moro

ABD. — Con sequedad. — Salud, Maestro  
Dí de mí lo que deseas

Le señala el diván, el árabe permanece de pie toda la escena.

MAEST — Sentándose.

Ya sabes Abdelmunen  
Que aunque estos terrenos sean  
De la Baylia del Temple  
El Temple aquí te tolera  
Porque eres moro de paz  
Y de tí nadie se queja  
Porque aquí no has hecho daño  
Y porque, aparte tus creencias,  
No has hecho demostraciones  
Que a la Religión ofendan,  
Y estas consideraciones  
Merecen que en recompensa  
Tú te portes como debes  
Y aquí mismo me prometas  
Ser veraz en el asunto  
Por el que vengo a la Cueva.

ABD. — Pronto he de marchar de aquí  
Partiré a lejanas tierras  
Y este viejo despreciado  
Éstas montañas os deja.

Tú dices que no he hecho daño  
Y que soy de paz, confiesas.  
¿Qué mucho es que me toleren  
Vivir en esta caverna  
Si nadie quiso habitarla  
Por temor a las consejas  
De misterios y de males  
Que de ella las gentes cuentan?

MAES.— Con calma.

Acaso en lo de misterios ..  
No sea falso lo que piensan..  
Al menos, así se dice

ABD.— ¿Quién hace caso a la lengua  
De aldeanos supersticiosos?

MAEST — Despacio.

Yo no digo que los crea  
Pero, han corrido las voces  
Que se trata de la venta  
Con sigilo y con recato  
De cosa que aquí encierra.

ABD — Eludiendo el asunto.

¿Si sabéis que soy un pobre  
Qué queréis que yo les venda?  
Si todo lo que poseo  
A la vista se presenta!

MAEST. Despacio.

No todo estará presente ..

ABD.— Solo Zaida no se encuentra.

MAEST. — Con severidad.

No mientes a tu hija ahora

A la que todos respetan  
Déjala en paz por lo pronto  
Que luego hablaremos de ella.

ABD. — Displícite.

Entonces, Maestro, no acierto  
A comprender qué deseas

MAEST — Antes te dije y repito  
Que puesto que se presenta  
A tí el Maestro de la Orden  
Es inútil la reserva  
Quiero saber la verdad  
De todo lo que se cuenta.

ABD. Y si existiera un tesoro  
Y el secreto poseyera  
¿Estoy obligado, acaso,  
A revelar su existencia?  
Lo que a nadie pertenece  
Es propio de quien lo encuentra!

MAEST. — No se trata del tesoro .  
De otra cosa se comenta. .  
Bien sabes que esos valores...  
Dudo que tú los poseas!...

Confidencial.

Antes que tú registraras  
También registré la cueva  
Es que otra cosa conoces  
Que no pude dar con ella  
Se dice que de las aguas  
Con reservada manera  
Dispones a tu albedrío

Y que a Moratalla intentas  
Lanzar el rico venero.  
Dejando en seco esta vega.

**ABD.** — Con altivez.

Y si fuera así ¿acaso  
No era de mi pertenencia  
Disponer de esos resortes  
Y hacer de ellos lo que quiera?  
Si el secreto es solo mio  
Haré lo que me convenga.

**MAEST.** — Moro, estás en un error.

Si el tesoro poseyeras  
Nadie dudara el derecho  
Que te asiste en la materia  
Que a nadie perjudicabas.  
Con sacarlo de la tierra  
Pero, disponer del agua  
La verdadera riqueza  
Lo que dá vida y sustento  
Lo que es sangre de esta tierra  
Perjudicando a tu antojo  
A una población entera

Con energía.

Eso no se te consiente!!

**ABD.** Si lo dais por cosa cierta  
Impedirlo si podeis.

**MAEST.** — Con energía.

Lo impediremos por fuerza  
Poniéndote a buen recaudo  
Dentro de la fortaleza

ABD.—De ese modo. . no lo niego

MAEST. Y lo haremos si te niegas

Pausa

Revela que tienes tratos  
Di lo que te dan a cuenta  
Y lo mismo o más te dan  
Las gentes, a las que intentes,  
Abusando de un secreto  
Arruinar de vil manera  
Podrá el secreto ser tuyo  
Eso, nadie te lo niega  
Y sin embargo no puedes  
Disponer de esa manera.  
Que yo secretos poseo  
En lo hondo de mi conciencia  
El secreto será mío  
Más no la cosa secreta  
Y aunque ganara al decillos  
Jamás los dirá mi lengua

Lento

Materias que perjudican  
Por fuerza serán secretas.

ABD.—Con desprecio.

En la cabeza de un moro  
No cabe esa sutileza  
Y siendo el secreto mío  
Dispondré de él como quiera.

MAEST.—Una pausa.

Mira bien lo que te dices  
No te engañe tu soberbia.



ABD — ¿Y cómo romper el trato  
Cuando mi palabra queda  
Empeñada con los otros?

MAEST. — Anulando tu promesa.

Que el prometer hacer daño  
No ha de cumplirse por fuerza  
Solo el bien que se ha ofrecido  
Es lo que obliga, e intentas  
Vender lo que no era tuyo  
Pues aunque el secreto sea  
De tu propiedad, no puedes  
Disponer de esa manera  
De las aguas, anulando  
De este pueblo la riqueza

Persuasivo.

Sé prudente, Abdelmuner  
No te piden el que cedas  
Graciosamente el secreto  
Porque más fácil me fuera  
Hacerte desalojar  
En el momento la Cueva

ABD — Y aquí quedaría el secreto  
Hasta que Alah dispusiera!

MAEST — Persuasivo.

Es que no sales perdiendo.  
Te dan en buena moneda  
Lo mismo que aquellos, estos  
Por dejar las cosas quietas.

ABD. — Y quién garantiza el pago?

MAEST. — Te basta con mi promesa?

ABD. — Por fuerza debe bastarme!

MAEST — No ha da bastarte por fuerza,  
Que afuera tienes personas  
Que repetirán la oferta

Levantando la voz — Se presenta Renzo  
Hola, Renzo! dí que pasen  
Los nobles que hay a la puerta

## ESCENA X

Entrar Renzo y los caballeros de Caravaca. Todos en pié.

MAEST. — Convencido Abdelmunen  
Es la cuestión cosa hecha  
Solo falta que nos diga  
Lo que ofrecieron por ella.

ABD — Era cantidad crecida!...

BUST. — Cou arrogancia.  
Por muy crecida que sea  
Siendo cuestión de amor propio  
En Caravaca, es pequeña  
Que para casos como este  
No se cuenta oro, se pesa

ABD. — Son doce mil doblas de oro.

MARÍN. — Mil más tendrás a la puesta  
De ese sol que nos alumbra  
Siendo condición expresa  
Que te marches enseguida  
De estos países y no vuelvas.

ABD. — Há ya tiempo que deseo

Alejarme de esta tierra  
Y de ello doy mi palabra  
Que juro por el profeta.

MAEST. Entonces no hablemos más  
Abdelmunen, aquí quedas  
Custodiado hasta la noche  
No permitiendo que veas  
A nadie de Moratalla  
Hasta cumplir tu promesa.  
A la tarde tendrás tu oro,  
Mas, como no es cosa cierta  
Que después de recibido  
Pudieras cambiar de idea,  
Y soltar el agua allá,  
Perjudicando a la vega.  
Hasta que nos convenzamos  
De tu buena fé, da suelta  
Del venero a Moratalla  
Que yo tendré gente alerta.  
Y al cabo de cuatro horas  
Vuelve a soltarlo a esta huerta  
Y mañana serás libre.

Confidencial al moro.

Y antes de marchar, acierta  
A pasar por la Baylia  
Y cosa que te interesa  
A propósito de Zaida  
He de hablarte con reserva

Volviéndose a Renzo, con energía

Mantente fuera de aquí

Y ten guardada esa puerta  
No permitiendo que nadie  
Trate de entrar en la cueva.  
Harás presente mi orden  
Y mi voluntad expresa  
Y si alguno lo intentase  
Ceda de grado o por fuerza.

Dirigiéndose al moro.

Hasta mañana

Los caballeros. Hasta luego.

ABD. — Inclínándose.

Que Alah os guíe y os proteja.

Salen todos y queda solo Abdelmuner.

## ESCENA XI

ABD — Con furor.

Moratalla! . . Caravaca! . .

Dos aborrecidos pueblos

Por Alah que sí pudiera

Dejar a los dos en seco

Antes de dejar la cueva

No tardaría en hacerlo!

Se retira por una de las galerías del fondo.

## ESCENA XII

La cueva a oscuras. Entra Zaida seguida de Antonio.

ZAIDA. Vete Antonio...

ANT. — Me despides?

ZAIDA. Te despido por prudencia.

ANT.—A quién temes? .

ZAIDA —A mi padre

Te olvidas de ayer ..

ANT —No temas

Que el Maestro me ha prometido

Su protección y..

ZAIDA —Impaciente.—¿No aciertas

A comprender que si viene

Será tentar su paciencia

Después de lo aquí ocurrido?

Ayer, cuando la tormenta

Estallaba con más furia,

Me hallé un momento resuelta

Y dije que era cristiana! .

ANT —Sorprendido.

¡No temiste por la cuenta

Perder la vida a sus manos!

ZAIDA —Antonio, aunque moro sea

Un padre, corazón tiene

Y mi padre ha dado pruebas...

Le dió congoja tan grande

Que temí que se muriera

Me perdonó entre sollozos! ..

Veo su silencio y tristeza

No quiero que sufra más

Y el verte aquí dentro, fuera

Otro dolor añadirle

Y no he de aumentar su pena.

ANT. Me lo mandas y me voy

ZAIDA. No es decoroso que vengas  
Estando sola. Y sal pronto  
Antes que Renzo te vea  
Sale Antonio. Zaida desaparece por el fondo.

### ESCENA XIII

Entra Renzo recatadamente en la Cueva.

RENZO. — Aquí de seguro están  
Los oí entre la arboleda...  
Y aunque he buscado después  
No encontré al pastor ni a Berta  
De no acompañar al Maestre  
En su seguimiento fuera  
Pero tengo la esperanza  
De encontrarlos en la Cueva

Pausa. Despacio

He recibido una orden. .  
He de cumplirla por fuerza...  
Nadie por ningún pretexto  
Penetrar debe en la Cueva  
¡Ay, pastor! — ¡Si te encontrara  
Nunca ocasión como esta!  
Con solo decir al Maestre  
Que cumplí como lo ordena  
Quedaba a salvo de todo  
Mi venganza satisfecha

Escuchando

Más siento rumor de voces

De seguro alguien se acerca  
Son ellos. ¡No cabe duda!  
¡Tengo segura la presa!

#### ESCENA XIV

Renzo oye la voz de Zaida y se para a escuchar, creyendo habla con Antonio.

ZAIDA — Por qué esa pena cruel que te consume?  
Por qué te aflige esa mortal tristeza?  
¿Crees acaso que Zaida no te adora?  
Crees sin duda que no siento tus penas?  
¿Si siempre me miraste con amor  
De mi te apartas y tu amor me niegas?

RENZO. — Desde su escondite.

¡Triste suerte que a punto me conduces  
De escuchar de su amor la amarga queja!

ZAIDA. — Si tú quieres seremos muy felices  
Viviendo con amor en esta cueva!

RENZO. — Con pena.

Amor que vive, lleva al Paraíso!  
Amor que mata, hasta el Infierno lleva!

ZAIDA. ¿Crees sin duda que Zaida te ha olvidado  
Cuando así a mis palabras no contestas?

RENZO. Con furor.

¡Ah mísero villano, así la escuchas  
Y rendido a sus pies no te prosternas!  
¡Quien oyera palabras semejantes  
Por oírlas diera Renzo la existencia!

ZAIDA. — Dispuesta estoy a obedecerte en todo  
Disipa de tu pecho esa tristeza  
Hoy tu Zaida te quiere más que nunca  
Contigo marcharé si así lo ordenas

RENZO. — Sorprendido,  
Marchar con él! — De no escucharlo  
De sus labios, jamás me lo creyera!  
¡Qué hechizo le habrá dado ese villano  
Que olvidando el decoro así se entregal

ZAIDA. — Me persigue visión aterradora!  
Te suplico no salgas de la cueva  
Ya sabes que la puerta está guardada  
Olvida tus quehaceres de allá fuera  
Estaré a tu servicio todo el día  
Si tú quieres seré tu carcelera.  
Me oprime el corazón un mal presagio!

Trata de detener una sombra y sale de la cueva. La sombra de espaldas al público, se retira al fondo de la cueva, de modo que apenas se la ve.

RENZO. — Con frenesí.  
Ah, Zaida! Tú misma le sentencias!

## ESCENA XV

RENZO. — Con violencia.  
Jamás hallaré ocasión  
Como esta que se presenta  
Puesto que llevarla intenta  
Yo haré la separación.

Armando la ballesta.



Ni un momento más espero  
Pues que mi dicha robaste  
Y en la cueva penetraste  
Toma ese dardo certero.

Dispara.

La sombra con grito doloroso.

Por Alah! que me han matado!

RENZO — Con estupor.

Qué es esto!—¿Qué ha sucedido  
Cómo a Abdelmunen he herido?

ABD Ven, Zaida!—Ven a mi lado!

RENZO. — Desesperado.

En lo ocurrido se vé  
Maleficio del demonio

¿Si yo he disparado a Antonio  
Cómo a Abdelmunen maté?

Se detiene un momento. Tira la ballesta y escapa.

## ESCENA XVI

Mutación de cuadro y puede a gusto de los actores considerarse como el principio de un tercer acto.

Decoración de las Fuentes. Clavado en el suelo el estandarte de los Templarios (Baucan). El Maestre, Mendo Alvar y los ricos hombres de Caravaca. Es la tarde del segundo día.

MAEST. Y qué opináis, señores, de! asunto?  
Qué juicio ha merecido esta mañana  
El relato de Renzo, que ayer tarde  
Aquí os referí? . . .

MARÍN. — Solo nos falta  
Conocer lo que el moro ha prometido:

Interrumpir el curso de las aguas  
Haciéndolas correr a la otra villa  
De media noche hasta rayar el alba  
Y si reaparecer aquí las veo  
Y oigo decir que anoche en Moratalla  
Se inundaron los campos sin saber  
A qué atribuir ventura tan extraña  
Entonces creeré al moro, mientras tanto  
Creeré que sus promesas son... palabras

BUST. — Las aguas correrán, no lo dudéis  
He sido convencido esta mañana  
Que el engaño podría costarle caro  
Y él está muy seguro de lo que habla

M. AL. Poseyendo vosotros el secreto  
La paz era segura en la comarca  
Porque no negaríais el elemento  
Al otro pueblo cuando hiciera falta

MARÍN. Eso será según. Si aquí nos sobra  
De vez en cuando otorgaríamos gracia,  
Sin que esto represente que un derecho  
Habían de tener a usufructuarlas.

MAEST. — Pues mañana a estas horas ya sabremos  
La verdad en el asunto. Y que las auras  
De paz, se extiendan para siempre aquí  
Reinando eternamente en la comarca.

M. AL. Mirando a lo lejos,  
Un hombre veo venir por el sendero  
Que conduce a la sierra y por las trazas  
Es el pastor que estuvo aquí ayer tarde  
Contándonos sus cuitas y sus ansias.

## ESCENA XVII

Entra precipitadamente Antonio.

ANT. — Justicia, señor Maestre, que han matado  
Al moro Abdelmunen esta mañana

Todos se levantan precipitadamente y rodean a Antonio

MEST — Qué dices, insensato, quien ha sido?

ANT. — No lo sé, señor. .

BUST. — Ese hombre falta  
A la verdad de un modo descarado  
No le véis tinto en sangre? ..

ANT. En mí no hay falta  
Por mi fé de cristiano que no he sido  
Si fuera el asesino, aquí llegara?

MES. — Cuenta lo sucedido y nada temas  
Pero, dí la verdad en todo. Habla

ANT. Con aflicción.  
Cuando anoche marchaba por la sierra  
Lleno mi corazón con la esperanza  
Que me disteis, señor, aquí ayer tarde  
De proteger mis amores y mi causa  
No quería alejarme de la Cueva  
Para encontrarme pronto a visitarla  
E insistir en mi asunto con el moro  
Y cerca de la Cueva hice majada.  
Poco después de ver salir el sol  
Os ví, señor, pasar por la montaña  
Escoltado por unos caballeros  
Y a la Cueva marchabais por las trazas.

Entrasteis vos primero y los señores  
Muy cerca de la Cueva os esperaban  
Tardasteis mucho tiempo en aquel sitio  
O así me pareció, porque sin calma  
Para hablar de mi asunto con el moro  
Contaba los momentos que pasaban  
Por fin marchasteis y allí me dirigía  
Cuando a Berta encontré, que caminaba  
Hacia la Cueva, para hablar al padre  
Y ver si nuestro asunto se arreglaba.  
La seguí un momento, hablé con ella  
Si acaso dos docenas de palabras  
Me ordenó que me fuera y así lo hice  
Y apenas media hora era pasada  
Cuando volví a la Cueva a hablar al padre  
(Por cierto que las piernas me temblaban!)Tropecé. Caí. Sonó un gemido  
Alcé la vista y ví ensangrentada  
La hopalanda del moro. y con angustia  
**De muerte y voz entrecortada**  
Alargando hacia mí los secos brazos  
Antonio... me decía, ampárala  
Que la muerte se acerca y la hija mia  
Sola queda en el mundo... si t : la amas...  
Ella te quiere bien... y tú eres bueno. .  
Júralo por tu Dios... mi hija... cristiana!  
Y se le fué el aliento como un soplo  
Y quedé sin saber qué me pasaba.  
Le alcé del suelo. Le llevé a un tablado  
Y wine a toda prisa. . Está contada

MAEST. — No se puede probar que tu relato  
Sea forjada mentira o verdad haya  
Y mientras tanto quedas detenido.

ANT — Detenido! — Esto solo me faltaba!

## ESCENA XVIII

Entra Zaida seguida de Juana implorando justicia.

ZAIDA. — Señor Comendador, haga justicia!

MAEST. — Te lo prometo. La tendrás sobrada  
Y sabes quién asesinó a tu padre?

ZAIDA — Lo ignoro señor, ha poco estaba  
Lleno de vida y me lo encuentro muerto! . .

MAEST — Señalando a Antonio.  
Conoces a ese hombre? Declaraba  
Que ayer tu padre le negó el permiso  
Para la boda que él ambicionaba  
La venganza... tal vez la sed de oro...

ZAIDA. — Con energía.  
El...! Antonio...! imposible!

BUST — Desgraciada!  
Que le mancha la sangre de tu padre!

ZAIDA. — <sup>Tapándose la cara.</sup>  
Jesús, mil veces! De mi padre! Aparta!

ANT — Yo juro por la Cruz soy inocente

MAEST. Puede haber coincidencias muy extrañas!

Dirigiéndose a Antonio

Tú penetraste el último en la Cueva

AN —. Antes que yo la muerte penetraba

Todo lo sucedido ya he contado  
No falté a la verdad una palabra

### ESCENA XIX

Los mismos. Entra un criado del Temple diciendo que los de Moratalla piden permiso para acercarse.

**CRIADO** Los ricos- hombres de la villa próxima  
Os demandan, señor, un parlamento  
Son Guillén, Aguilera, Rueda y Vélez.

**MAEST.** —Decidles que si vienen en secreto  
Con los de Caravaca estoy aquí

**CRIADO** —Sabén aquí están los de este pueblo  
Y por eso han venido, a lo que dicen  
Pues de veros reunidos es su empeño

**MAEST.** —Pues entonces que pasen adelante  
Veamos en qué consiste su deseo

### ESCENA XX

Entran Aguilera, Guillén y otros. Saludando

Dios os guarde, señores. Salud Maestre.

**MAEST.** —Sea Dios con tan nobles caballeros.

**GUILL** —Con mesura.

Empezamos por dar mil parabienes  
A estos señores, que con tal acierto  
Sin gastos, sin molestias ni fatigas  
Han logrado se cumpla su deseo.

**MARÍN.** —Con mesura.

Sin molestia y fatiga, tal vez sea

Pero lo que es sin gastos, no lo entiendo  
Porque estimo que el oro, vale igual  
Contado en Moratalla que en mi pueblo.

AGUIL. — Con desprecio.

No lo he visto efectivo en el asunto.

BUST. Con brío.

No hablemos con ambages y rodeos  
En lo que invertáis vuestro oro  
Empleó Caravaca más dinero  
Por conservarlo para siempre suyo  
Usamos un legítimo derecho.

AGUIL. — Con ira.

Vuestro dolo y traición están patentes  
Y el soborno del moro manifiesto  
Le ofrecísteis, sin duda, lo imposible ..  
Y seguros y dueños del secreto  
Le matais a mansalva, para ahorraros  
Hacer el pago y con ardid artero  
Y vil manera, a ese infeliz villano  
Del delito acusáis..

MARÍN. — Con energía y conteniendo a Bustamante.

Eso no es cierto.

GUILL. — Que no es verdad, Marín, ¿qué significan  
Entonces vuestras juntas en secreto?

MARÍN. — Lo mismo procedimos que vosotros  
Más para lo presente no hay remedio  
Y si una mano asesinó en la sombra  
En los de Caravaca no hay cohecho.

AGUIL. — Que es imposible remediar el daño  
Que en mal hora hicísteis, ya lo veo

Nosotros como nobles procedimos  
Moratalla va siempre en lo derecho  
A ese moro comprábamos lo suyo  
Vosotros le quitáis vida y secreto.

BUST. — Con violencia.

Mentís vos, Aguilera, y si la ira  
Os trae buscando lucha, acepto el reto

AGUIL. — Con ira volviéndose a sus acompañantes,

Agua vinimos a buscar aquí  
Truéquese en sangre el agua ¡fuera aceros!

Aguilera y Bustamante desenvainan las espadas. Hacen lo mismo los demás caballeros, Marín y Guillén quieren contenerlos.

MAEST. — Con gran energía.

Alto! Atrás! Ordena el Temple!  
Cómo así faltan nobles al respeto?  
Quién os erige en jueces de tal causa?  
Que al Temple solo, incumbe de derecho  
Envainad las espadas y escuchadme  
Es necesaria a la razón sosiego  
Se apaciguan. Se dirige a los de Moratalla  
Pronto estoy a probaros que estos nobles  
Han obrado cual cumple a caballeros  
A Abdelmunen comprabais con vuestro oro  
Buscando el bienestar de vuestro oro  
Y tentaron del moro la avaricia  
Ofreciéndole más Es un derecho  
Que ejercitáis los dos. Si este villano

Señalando a Antonio

Le asesinó llevado del despecho  
O tal vez con deseos de robarle



Señalando la torre

Allí colgado pagará su yerro!

GUILL.—El respeto que os debo, buen Maestro  
Y la alta estimación en que os tenemos  
Mi fé, mi religión, mi cortesía  
Me impiden el deciros que no es cierto  
El relato respecto de la compra  
O en lo que se refiere al fin, al menos

Lentamente

El que ha matado al moro es un soldado  
No ese humilde pastor. Un balletero  
Es el que entró en la Cueva y lo declara  
La ballesta que hallamos en el suelo!

MAESI.—Mostradla pues ..

GUILL. —Esta es el arma

Que ha causado la ruina de mi pueblo.

Cóje la ballesta de manos de Rueda y la tira al suelo.

Ahí tenéis el dogal de Moratalla!

MAEST.—La ballesta del guarda!

ANTONIO Y ZAIDA.

—La de Renzo!

MAEST.—Dirigiéndose a los Templarios.

Traedme enseguida a ese asesino

Buscadme al miserable balletero

Que no hieren sus saetas en la guerra

Y a un anciano infeliz abren el pecho!

Mendo, pronto la orden trasmitid

Y traed al delincuente vivo o muerto

## ESCENA XXI

Se presentan dos pastores aceleradamente.

Señor, señor, en medio del barranco  
Que hay detrás de ese bosque y de esos ce-  
Que le llaman del Agua, hemos hallado [rros  
Un hombre moribundo, que en su anhelo  
Nos ha dicho ha caído por descuido  
Al escaparse de la Cueva huyendo,  
Pues queriendo vengarse de un rival  
Ha asesinado al moro sin saberlo  
Y nos pide, por Dios, que un sacerdote  
Le auxilie en sus últimos momentos

MAEST — Mirando al cielo.

¡A Abdelmunen mató y halló su muerte!  
¡Cuán pronto haces justicia, santo cielo!  
Disponed, Mendo Alvar, a toda prisa  
Auxilien a ese pobre balletero  
Si su crimen tan pronto halló el castigo  
Librad a su alma del suplicio eterno.  
No olvidemos que somos sacerdotes  
Del moribundo al lado y del enfermo  
Del peregrino y desvalido, amparo  
Y en todo lugar y tiempo, caballeros

Salen Mendo y los pastores. Vuelve Mendo enseguida.

## ESCENA XXII

Los mismos: Juana, Berta y Antonio en un grupo. En otros dos  
los de Caravaca y Moratalla. El Maestro entre ambos.

ANT — Ya ves probada mi inocencia, Berta

BERTA O ZAIDA Nunca de tí dudé y si ha un momento,  
Llena de horror de tí me he retirado,  
Mira la sangre que te mancha el pecho  
Considera que es sangre de mi padre!

Tapándose la cara

ANT — Que ha manchado mi ropa al socorrerlo,  
Concediéndome su hija en matrimonio,  
Y el perdón en sus últimos momentos

MAEST. — Berta, al morir tu padre, ha dicho  
Y en la relación de Antonio creemos,  
Que sea tu protector y como somos  
Tus hermanos en Cristo y te queremos  
Amparo y protección no han de faltarte  
Y en la Religión tendrás consuelo.  
Mitiga tu dolor considerando  
Lo inestable de todo lo terreno  
Que los bienes y males de este mundo  
Pasan así, por permisión del Cielo.

Después, dirigiéndose a Antonio

Tú eres libre. Vuelve a tus quehaceres  
Y mientras tanto Berta, irá al convento  
Y si pasado el luto sois gustosos,  
Unir en santo vínculo os prometo

Después se dirige a los caballeros

Ahora esta joven queda desvalida!

MARÍN — Sin padre, sí; más no sin valimiento  
Y supuesto que al padre prometimos  
Esas doblas a cambio del secreto  
Por quedarse las cosas como estaban

Y como están se quedan, el dinero  
No dejando en el mundo más que una hija  
A Berta corresponde de derecho  
Si preparado estaba para el padre  
Aquí a vuestra custodia, confiaremos.  
No es justo aprovechar esta desgracia.  
Cumplamos lo ofrecido como buenos,  
Y de este modo los aquí reunidos  
No dudarán de nuestra fé un momento.

GUILL. Si hemos creído, Marín, equivocados  
Que la muerte del moro fué concierto  
Aclarado este punto, no dudamos  
Que cumplís como buenos caballeros.

MAEST. Aún deseo volver sobre el asunto  
Disipad ambos bandos el recelo.  
Nosotros desde ayer hemos sabido  
Que con el moro estábais de concierto  
¿Sómos por ello causa de la muerte  
Que le dió, por error, el balletero  
Penetrando en la Cueva, contra mi orden,  
Cegado por la furia de sus celos?

GUILL. Son cosas por completo independientes.

MAEST. — Pues si habíais concertado que el dinero  
No habríais de entregar hasta mañana  
Hubiera sucedido sin remedio  
Que la saeta lanzada por el guarda  
Siempre hubiera estorbado vuestro intento

MARÍN. — Quién nos prueba ser cierta esa leyenda?  
¿No cabe sospechar que ha sido un medio  
De introducir discordia entre cristianos

Excitando los odios de ambos pueblos?

GUILL.—Tenéis razón, Marín acaso somos  
Juguete de visiones y de enredos  
Y aunque todo lo dicho sea verdad  
No estando en nuestras manos el remedio  
Y siendo un imposible el encontrarlo  
Suponer que es ficción es lo más cuerdo.

Alarga la mano a Marín

En nombre de la noble Moratalla  
Paz y amistad

MARÍN —Guillén, acepto  
En nombre de la noble Caravaca

Se dan las manos todos

Que reine la armonía entre ambos pueblos  
Y si el asunto grave que nos reúne  
Es conseja en los tiempos venideros,  
Será, la inteligencia de los hombres  
Quien proporcione a Moratalla riego.

### ¡ESCENA XXIII

Llega de improviso un correo con las armas reales.

CORR.—Saludando.

El Preceptor del Temple? ..

MAEST. Aquí se halla

CORR.—Adelantándose y saludando.

Recibid este parte del Consejo  
Que ha presidido el Rey nuestro señor  
Don Fernando el cuarto y a Toledo

Me vuelvo lo más rápido posible

Si gustáis dar recibo del que entrego.

El Maestro escribe unas líneas en un pergamino que el Correo le presenta. Este se inclina ante el Maestro, que le despidió con una seña y sale de la escena.

## ESCE NA XXIV

Los mismos. El Maestro lee el decreto real y con desmayo lo repite en alta voz.

Para responder al cargo  
Que contra el Temple se hace  
Preceptor y caballeros  
De esa Baylía, que marchen  
Al punto para Toledo  
Y nadie al Consejo falte  
Para ser oídos todos,  
Y que los prelados fallen  
Si son hallados en culpa.  
Y de los bienes se encarguen  
Caballeros de S. Juan  
Hasta resolver

Yo el Rey.

El Maestro queda anonadado ante el Decreto de Fernando IV. Los espectadores cuchichean. Después el Maestro levanta la cabeza y se dirige al estandarte.

Ya, nada somos en la tierra  
Lo ordenan el Pontífice y el Rey  
Sumisos y obedientes a su Ley  
La santa orden del Temple se ha extinguido!  
Baucan! Baucan! ¡Quién nos diría

Que esta enseña temida y respetada  
Debía con el tiempo ser hollada  
Cubierta con el polvo del olvido!  
¿Qué fué tanto valor y sacrificio  
Que el mundo ni comprende ni lo estima?  
Ante la ruín calumnia que se anima  
Crecen las imposturas en redor!  
No es al fiero enemigo al quien tememos  
Porque ante ellos jamás nos tembló el brazo  
Es la envidia que envuelve con su lazo  
Y trata de mordernos con furor.

¡Si avarientos buskais nuestros tesoros  
Llevadlos en buena hora de contado  
Son bienes que el Templario ha conquistado  
Que el Temple sin trabajo os lo dé.  
Más no manchar su nombre con infamia  
Dejad la Cruz que en nuestro pecho brilla  
Dejadnos nuestro nombre sin mancilla  
Dejadnos nuestra espada y nuestra fé!

Hoy al Templario la calumnia hiere  
Olvidan nuestro esfuerzo generoso.  
Un avaro nos mira temeroso  
Y al tiempo que nos teme, nos ultraja.  
Qué importa que tormentos nos preparen.  
Qué importa nos condenen con insidia.  
Si Cristo, perseguido por la envidia  
Murió en la cruz con la cabeza baja!

Se dirige al pueblo

Dejad vuestras rencillas y rencores  
Pueblos de esta comarca tan querida

No aumentéis las miserias de la vida  
Y uníos en abrazo fraternal  
La unión sea vuestra fuerza en el peligro  
Amor y fé en la Cruz sean vuestros lazos  
Y estendidos mirad sus santos brazos  
Abiertos para todos por igual.

Adios! Adios! Comarca tan querida,  
Como Faro que guíe con su brillo  
Os dejamos la Joya del Castillo  
Como estuche ofrecedle el corazón.  
Hoy pasan los Templarios a la Historia  
Que nos hará justicia, aunque tardía!...  
Hermanos en recuerdo de este día  
Recibid mi postrera bendición.

Todos se arrodillan y mientras el Preceptor los bendice, suena la campana del Castillo que toca al Conjuero. Al oirla el Maestre también se arrodilla y se oye entonar «Credo in unum Deum», acompañado de órgano.

## TELÓN LENTO



## ERRATAS MAS NOTABLES

Página	Línea	Dice	Léase
10	24	do	te
12	18	cristianas	cristiana
13	23	allí	allá
14	24	Justa	Quita
«	«	de	te
14	22	gantes	gentes
16	28	descenso	descanso
29	9	Abdelmude	A bdelmunen
31	13	Tú	tu
33	22	príncipe	a príncipe
42	14	Nigromancia	Nigromancia
43	2	predío	predio
43	21	merese	merece
50	19	quienes	quién eres
52	23	dijistes	dijiste
53	9	convirtiéndose	convirtiéndose

NOTAS.—I En 1286, Alí Mohamet, alcaide de Huescar, tomó el castillo de Bullas, que estaba confiado a Bermudo Meléndez, caballero profeso del Temple. Sancho IV quitó a los Templarios, por este motivo, las villas de Caravaca, Cehegín y Bullas; pero, por respeto a Sancho Yáñez, último Preceptor o maestro de esta Baylía les dejó los castillos, una vez recuperado el de Bullas. Por esta razón, Sancho Yáñez no aparece en esta obra como dueño de Caravaca, figurando sólo como mediador o consejero de los nobles de este pueblo.

II Nube. Se emplea en la región para expresar tormenta o nube tempestuosa

III El nombre *Barquilla* es corrupción de *Berquilla*, que a su vez lo es de *Aiberquilla*, por una pequeña alberca allí existente. Berquilla se la llamó en el siglo XVIII. Inútil parece decir que la Cueva aquí representada es pura fantasía, y muy diferente de la realidad.

---

---

Precio: DOS pesetas

---

---